



*Asesorías y Tutorías para la Investigación Científica en la Educación Puig-Salabarría S.C.  
José María Pino Suárez 400-2 esq a Lerdo de Tejada. Toluca, Estado de México. 7223898475*

RFC: AT1120618V12

**Revista Dilemas Contemporáneos: Educación, Política y Valores.**

<http://www.dilemascontemporaneoseduccionpoliticayvalores.com/>

**Año: VI    Número:3    Artículo no.:93    Período: 1ro de mayo al 31 de agosto del 2019.**

**TÍTULO:** La controversia chileno-peruana en la mirada de la prensa estadounidense (1879-1929).

**AUTORES:**

1. Dr. José Julián Soto Lara.
2. Dr. Alfonso Díaz Aguad.

**RESUMEN:** El artículo aboga por la importancia de la prensa estadounidense en el progreso de la historiografía de la controversia chileno-peruana. Ante la inexistencia de trabajos que aborden su actitud, se sugiere pensarla como un agente comunicativo que construyó un discurso imperial sobre la litis. Teóricamente, la densidad fáctica (derivada de los hechos diplomáticos) y textual (tipografiada en 3234 noticias) se discute desde el campo de los imaginarios. Heurísticamente, se detallan algunas características estructurales de las fuentes. Luego se ejemplifica, basándose en la Guerra del Pacífico, una posibilidad hermenéutica. Las conclusiones recomiendan profundizar los análisis de noticias frente al diferendo para obtener un conocimiento certero sobre las representaciones periodísticas de Chile y Perú en los Estados Unidos.

**PALABRAS CLAVES:** Historia de la prensa, Estados Unidos, Chile y Perú, Tacna y Arica, Fuentes periodísticas.

**TITLE:** The Chilean-Peruvian controversy in the view of the USA Press (1879-1929).

**AUTHORS:**

1. Dr. José Julián Soto Lara.
2. Dr. Alfonso Díaz Aguad.

**ABSTRACT:** The article argues for the importance of the American press in the progress of the historiography of the Chilean-Peruvian controversy. In the absence of works that address their attitude, it is suggested to think of it as a communicative agent that built an imperial discourse on the litis. Theoretically, the factual density (derived from diplomatic facts) and textual density (typed in 3234 news) is discussed from the field of imaginaries. Heuristically, some structural characteristics of the sources are detailed. Then, it is exemplified, based on the Pacific War, a hermeneutical possibility. The conclusions recommend to deepen the analysis of the news in front of the dispute to obtain an accurate knowledge about the journalistic representations of Chile and Peru in the United States.

**KEY WORDS:** History of the Press, United States of America, Chile and Peru, Tacna and Arica, journalistic sources.

**INTRODUCCIÓN.**

Se conoce como controversia chileno-peruana las opiniones opuestas que La Moneda y el Palacio de Pizarro tuvieron sobre la demarcación de los límites fronterizos entre Chile y Perú. Su origen puede fecharse el 3 de octubre de 1883, cuando en medio de la Guerra del Pacífico, los plenipotenciarios chilenos y peruanos reunidos cerca de Lima, firmaron el Tratado de Ancón. En ese instrumento jurídico se estableció, entre otras cosas, que Tacna y Arica serían separadas temporalmente del Perú, haciéndose responsable Chile de ejercer allí su soberanía. Diez años después –lo prescribió el mismo

tratado— ambos países preguntarían a los paisanos tacno-ariqueños si deseaban continuar viviendo bajo el Estado chileno o preferían retornar al peruano. Este ejercicio democrático no pasó de ser una ilusión.

La controversia chileno-peruana fue denominada de varias formas por los diplomáticos, politólogos y periodistas occidentales del cambio de siglo XIX-XX. El problema del Pacífico, la cuestión del Pacífico, la cuestión de Tacna y Arica, el diferendo chileno-peruano (o peruano-chileno), el problema de las cautivas y la Alsacia y Lorena de América de Sur, en alusión al problema territorial derivado de la Guerra Franco-prusiana, fueron nombres comunes para referirse a un mismo hecho. El interés, los recursos humanos y económicos destinados por los gobiernos de Chile y Perú en resolverlo o estancarlo, tuvieron relación con el significado de la frontera para consolidar la idea de nación en ambos países. Repúblicas jóvenes, necesitaban trazar exactamente las líneas imaginarias que definieran el área de actuación estatal.

Sin embargo, la frontera chileno-peruana de posguerra, mirada desde una episteme latinoamericanista crítica, o desde un marco transnacional, permite cuestionarse aspectos inéditos y necesarios para el progreso disciplinario: ¿Cómo la localización de la frontera condicionó el interés de un imperio en formación —los Estados Unidos— que décadas después se había consolidado, expandido y tutelado las decisiones fronterizas chileno-peruanas? ¿Qué opinión tuvo la prensa de esa potencia sobre un conflicto, mirado desde el hemisferio norte, internacional?

Sólo como ejemplo sugerimos recordar las palabras del Ministro de Guerra chileno en 1880, José Francisco Vergara, a los diplomáticos estadounidenses reunidos en Arica, quienes le sugirieron reintegrar los territorios ganados al Perú. Vergara afirmó que no existían motivos que obligasen a Chile “entregar en otras manos, por muy honradas que sean y muy seguras, la decisión de sus destinos” (Arteaga Alemparte, 1919). Transcurridas más de cuatro décadas de esa sentencia, aunque en vigencia del conflicto, el canciller Ernesto Barros Jarpa, defensor del arbitraje estadounidense en

la controversia, antes de su visita a Arica en febrero de 1922 dijo que Chile será representado en Washington “a la brevedad posible por Plenipotenciarios (...) para acordar con los representantes del Gobierno del Perú la solución de las dificultades a que se refiere la invitación del Gobierno de Estados Unidos”<sup>1</sup>. El temple de Vergara y Barros Jarpa, miembros de la elite política, permite comprender la revolución perceptiva sufrida por ese grupo hacia la importancia estadounidense en la soberanía chilena.

Durante la controversia, diversos presidentes estadounidenses se impacientaron por sus consecuencias viables: una nueva guerra. Hayes, Garfield, Arthur, Cleveland, Harrison, McKinley, Roosevelt, Taft, Wilson, Harding, Coolidge y Hoover sintieron preocupación por las alarmas de guerra activadas en Tacna y Arica. En Washington, el peso del *Manifest Destiny*, la idea de conducir la civilización y el progreso de toda América, más la aplicación de la Doctrina Monroe, movilizaron a sus diplomáticos para solucionar el diferendo.

Ese imaginario imperial se codificó textualmente en 3234 noticias que la industria periodística estadounidense –una de las de mayor importancia por esos años– destinó a la controversia. Mediante la producción noticiosa continua se objetivó un diferendo distante en el mapa, pero vivido en clave íntima por la Casa Blanca y el Capitolio, delimitándose un campo de acción política internacional que legitimase “hacia adentro” la condición de potencia hegemónica. Así mismo, la duración de la controversia, cercana al medio siglo, excluyó su concepción en términos de acontecimiento político y la acercó más bien a una coyuntura histórica trascendente en, por lo menos, tres generaciones de políticos y rotativos modeladores de una cosmovisión global.

El surgimiento imperial estadounidense se diferenció de los imperios anteriores en que aquel se benefició de la tecnología capitalista. En palabras de Perceval (2015), un entramado cultural y

---

<sup>1</sup> La cuestión internacional. (1922, enero 20). El Ferrocarril, p. 2.

comunicacional se puso al servicio de esa operación, basada en un fundamentalismo bíblico. Puntualmente, “las colonizaciones en Sudamérica se sitúan dentro de esta expansión” (Perceval, 2015:171). De tal modo, temas como el diferendo de Tacna y Arica pudieron servir al sensacionalismo para distraer a los ciudadanos estadounidenses. La manipulación de las noticias sólo pudo realizarse desde cadenas de periódicos que devinieron en “imperios de los medios”, aumentando desde 1870 hasta 1900 seis veces el número de periódicos vendidos, duplicándose dos veces esa cifra las primeras décadas del siglo veinte gracias al telégrafo (Fang, 1997:55; Barbier y Bertho, 2007:156). La máquina de escribir, el linotipo, y las máquinas para doblar papel posibilitaron “imprimir 240 mil periódicos de ocho páginas en una hora” (Esquivel, 2005:76). Ese autor y otros (Sánchez, 2004; Schulze, 2004; Rueda, Galán y Rubio, 2014:77) también consideran esa alza en la producción de diarios, explicándola por el contexto sociodemográfico de gran crecimiento a raíz de la migración que hizo crecer el mercado de clientes.

La inexistencia de trabajos sobre esta temática y temporalidad específica, salvo algunos de gran calidad que la tocan tangencialmente (Burr, 1965; Barros, 1990; Guerrero y Guerrero, 1998; Collier y Sater, 2004; Fernández, 2004; Sater, 2007; Guerrero, 2011; Llanos, 2011; Rubilar, 2012), permite plantearse como objetivo general analizar el potencial de las fuentes hemerográficas estadounidenses producidas a propósito de la controversia, distinguiendo, fundamentalmente, cuáles fueron los imaginarios nacionalistas contruidos hacia los Estados comprometidos en el conflicto.

## **DESARROLLO.**

### **Marco teórico: imaginarios y prensa.**

La historiografía, entendida y practicada en clave científica, obliga a reflexionar, conceptualizar y criticar los términos fundamentales que permiten acceder al pasado; por eso, una historia de la prensa interesada en precisar sus ámbitos de acción y dialogante con otras ciencias sociales para articular teorías interdisciplinarias, discute desde los paradigmas explicativos vigentes. Uno de ellos, tal vez

el de mayor fortaleza pese a las décadas de desenvolvimiento, es el de los “imaginarios”, entendidos por Cornelius Castoriadis como una “creación incesante y esencialmente indeterminada (histórico-social y psíquico) de figuras/formas/imágenes, a partir de las cuales solamente puede tratarse de «alguna cosa»; lo que llamamos «realidad» y «racionalidad» son obras de ello” (2013:12).

Para el estambulita, el imaginario se desarrolla mediante el pensamiento simbólico. Es por medio de los símbolos compartidos socialmente que la realidad adquiere sentidos más o menos concretos; de esta manera, se puede explicar la formación de un “imaginario social instituyente” inherente a toda colectividad humana; no obstante, se puede distinguir una diferencia de valor en el núcleo mismo del imaginario: un imaginario central y un imaginario periférico. El primero situado “en el nivel de los símbolos elementales o en el de un sentido global” (2013:210); el segundo vinculado “a una segunda o enésima elaboración imaginaria de los símbolos” (2013:210).

El imaginario, constituido por una multiplicidad de símbolos, puede apreciarse desde una perspectiva sistémica. Un intento comprensivo radica en centrarse en el sistema de significaciones que constituye. En efecto, el devenir existencial y observable del imaginario-símbolo-significado fue entendido por Castoriadis como un “imaginario efectivo” que permite acercarse a lo imaginado y también a las formas concretas de cómo se organiza la sociedad. Los significados estarían controlados, organizados a propósito, dispuestos teleológicamente y en búsqueda de la obtención de objetivos. En rigor, las significaciones imaginarias responden a las cuestiones centrales que toda sociedad intenta responder “¿quiénes somos como colectividad?, ¿qué somos los unos para los otros?, ¿dónde y en qué estamos?, ¿qué queremos, qué deseamos, qué nos hace falta?” (2013:236).

Por su parte, Charles Taylor entiende por imaginario social el modo en que las personas imaginan la existencia social que experimentan, las vivencias desarrolladas en sus interacciones sociales y “las imágenes e ideas normativas más profundas que subyacen a estas expectativas” (2006:37).

Más importante que su indicación conceptual, desde nuestro punto de vista, es la invitación a pensar en la soberanía popular como uno de los imaginarios sociales modernos de importancia, del cual, como sabemos, derivaron las nociones de nación y nacionalismo en la contemporaneidad.

Mediante su estudio, el filósofo Montrealés retrocedió en el tiempo hasta los años de la independencia estadounidense del imperio británico, demostrando cómo los líderes políticos de las colonias elaboraron un discurso auto-legitimador basado en la soberanía popular. Es sugerente esa ruptura del orden colonial, porque demostró cómo una teoría adquirió un “significado institucional de aceptación general” (2006:135). La materialización de las ideas libertarias se logró sólo al interpretar en términos prácticos el corpus teórico. Taylor, lamentablemente, no prosiguió su análisis histórico hasta el cambio de siglo XIX-XX, periodo de nuestro interés, cuando la soberanía popular se había objetivado en la comunidad política estadounidense.

Esa implicancia dotó de madurez constitucional, y en efecto, orden interno en la antigua colonia que deseaba, con claridad desde 1880, tener gran protagonismo en la vida occidental. A fines del siglo XIX, como en su génesis republicana, los líderes estadounidenses aunaron ideas dispersas sobre por qué y cómo debían controlarse América Latina y sus elites dirigentes. Se fabricó, con léxico nuevo, otro discurso auto-legitimador con miras a influenciar activamente la política interna, de paradójicamente, otros pueblos soberanos.

Ese imaginario social puede posicionarse taxativamente dentro de los “imaginarios sociales sectoriales”. Los sectores de la sociedad pueden leerse desde la perspectiva bourdiana de “campo”, asumiendo que dentro de ellos circulan imaginarios sociales como “construcciones específicas de la realidad” (Baeza, 2008:522). En nuestro estudio, aquel estaría formado por la industria periodística estadounidense centrada en la influencia que ese Estado debía tener en la frontera chileno-peruana. Ese campo, finalmente, configuró un habitus marcado por las “predisposiciones que remiten a formas y estilos determinados del pensar, del actuar, del juzgar” (Baeza, 2008:522). Con precisión, este

imaginario nacionalista o imaginario imperial estadounidense palpó su obcecación por influir en los destinos político-económicos latinoamericanos e imprimió sus significados en las noticias referidas a la controversia chileno-peruana.

La circulación de ese tipo de imaginario fue experimentando cambios conforme pasaba el tiempo. El estudio de las fuentes permite considerar que los hechos productores de esa evolución fueron las políticas internas de los Estados Unidos hacia sus mecanismos de dominación sobre América Latina, por un lado, y la propia historicidad del conflicto de Tacna y Arica, por otro. Desde una perspectiva sintética, la fluidez de los imaginarios periodísticos estadounidenses fijó con el discurso escrito una matriz de interpretación de los acontecimientos de la frontera chileno-peruana.

En rigor, la construcción imaginaria de ese territorio se basó en la tecnología comunicacional que prevaleció durante la época estudiada. Los aparatos telegráficos, en el mejor de los casos, y la correspondencia manuscrita que llegaba a Panamá y desde allí era telegrafiada hacia las principales ciudades norteamericanas, permitieron constituir imaginarios en la prensa. Por esa razón, la documentación analizada favorece pensar su producción como resultado de una elaboración mental (de los escritores y emisores de los mensajes noticiosos) y material (las agujas de los telégrafos y los cables que transmitían los códigos).

### **Heurística.**

La heurística tiene un lugar central en la historiografía desde su institucionalización científica. A Leopold Von Ranke, historiador alemán, se debe la introducción del concepto *Heuristik*, relacionándola con documentos “escritos”, los únicos que permitirían comprender a los sujetos históricos. El prusiano “definió la historia como una disciplina heurística asignándole, como finalidad primera, la búsqueda de la objetividad” (Burguière, 1991:581).



En ese contexto objetivista, Charles Langlois y Charles Seignobos dedicaron a la heurística el primer capítulo de *Introducción a los estudios históricos*, entendiéndola a *grosso modo* como la búsqueda documental. Enfatizando la importancia de las fuentes, comprendieron que sin ellas se corría el riesgo de que periodos históricos deviniesen enigmáticos. Para evitarlo, se debe “averiguar si contamos con documentos, y en caso afirmativo, con cuántos y dónde se encuentran” (2003:59).

Pese a los años de *Introducción...*, el juicio respecto de cómo la gran cantidad de documentos disponibles debiera repercutir idealmente en una elección y análisis adecuado es actual. La heurística –escribieron a finales del siglo XIX– “resulta hoy mucho más fácil que en otras épocas” (Langlois y Seignobos, 2003:60). Si bien son conocidas las críticas contra la historiografía positivista, es innegable que la relevancia asignada a las fuentes, en tanto soporte material de su escritura, es deudora de esa tradición científica. Tal constatación ha permitido asegurar que el positivismo historiográfico eliminó “la fantasía de la narrativa histórica” (Moral, 1999:37), debilitando las perspectivas metafísicas.

La historiografía posterior instaló en la comunidad científica la certeza de que la crítica de las fuentes o “técnica de la investigación histórica” (Ossio, 1981:57) y la heurística como técnica (Priora, 2006, p.83) o “manejo escrupuloso de las fuentes” (Moral, 1999:37), obligaban al historiador detallar qué fuentes validaban sus interpretaciones (Velasco, 2000:9), además de preguntarse por las características primarias y secundarias de aquellas (lugar de producción e importancia de su publicación en la sociedad estudiada). En relación con lo anterior, la heurística también ha sido entendida como “método heurístico” (Quintero, 1998:61), prescribiendo localizar, clasificar y comparar fuentes. La primera de esas tácticas debiese encontrarse en todo trabajo histórico-científico (Barona, 1994:69).

Otros autores han complementado las definiciones anteriores. Heurística sería saber preguntar, buscar, localizar y describir documentos, una labor “estratégica que nos enfrenta a uno de los aspectos

más instrumentales de esta disciplina: el acceso a las fuentes” (Arias, 2012:28). Romo puntualizó: “la heurística consiste en interrogarse por qué materiales y de qué especie nos permitirán perseguir los hilos que se entrelazan en la pregunta que nos formulamos” (Romo, 2008:196).

La Escuela de los Annales ha subrayado, sin duda, la importancia de las fuentes periodísticas para la historiografía. Uno de los miembros destacados de la tercera generación de Annales afirmó que desde esa época se mostró un gran interés por nuevos objetos de estudio, entre los cuales la “opinión pública” apareció como uno de los más novedosos, al lado de la lengua, la mentalidad y el libro (Le Goff, 2005). En el caso de la construcción de la opinión pública, los periódicos son de gran relevancia, pues sirven de soporte para la publicación, transmisión y discusión de ideas no sólo políticas. De todos modos, conviene utilizar ese concepto con precaución toda vez que él mismo tiene su propia historicidad. De tal modo, la segunda mitad del siglo XIX, época donde comienza nuestro estudio, presencié el fortalecimiento de la opinión pública elaborada por las élites políticas quienes supuestamente se encontraban mejor informados y estaban calificados por su inteligencia y moralidad (Champagne, 2002). En parte, esa elite ilustrada luchaba contra la opinión común y vulgar.

Le Goff, al mismo tiempo advirtió los riesgos producidos por los discursos de la información fabricados por los medios de comunicación, ya que en ocasiones, tales construcciones pueden condicionar “el destino histórico de las sociedades y la validez de la verdad histórica” (Le Goff, 2005:139). Por esa razón, para el historiador tolonés es tan importante destacar las fuentes históricas, en nuestro caso las noticias, como documentos que no son inocuos y su recopilación como un acto contrario a la neutralidad. Parfraseándolo, un corpus de noticia puede comprenderse como “un montaje, consciente o inconsciente de la historia, de la época, de la sociedad [...] pero también de las épocas posteriores durante las cuales ha continuado siendo manipulado, a pesar del silencio” (Le Goff, 1991:238). Las complejidades inherentes a las noticias de prensa también fueron constatadas por François Dosse, quien llamó la atención sobre cómo los medios de comunicación devinieron en

monopolizadores de la producción de acontecimientos. Considerando los estudios de Pierre Nora, afirmó que el acontecimiento contemporáneo “se convierte con rapidez en espuma de los medios [*mousse media*] que crea de pies a cabeza una sensibilidad para la actualidad y da a ésta la apariencia de historicidad” (Dosse, 2003:137).

Los últimos estudios de Dominique Kalifa, por último, nos han permitido reforzar las ideas *a priori* sobre el papel fundamental de las noticias estadounidenses relativas al conflicto chileno-peruano. Kalifa afirma que los periódicos expresan la esencia de la sociedad por donde circulan, pero –tan importante como ello– tienen el poder de cambiar las representaciones colectivas del mundo “y las prácticas sociales necesarias para su producción, difusión y recepción” (Kalifa, 2016:197).

A nuestro juicio, la dispersión conceptual de la heurística, y la apertura que hacia las noticias en tanto fuente histórica, han propiciado los últimos estudios mencionados, provocan una reflexión epistemológica doble sobre la historia. La primera, de carácter peligroso, supondría que el nexo entre la formulación de interrogantes y las fuentes estaría dado por la existencia de esas, debilitando, en efecto, la creatividad del historiador. Lo cierto es que en ocasiones la relación interrogantes-fuentes no siempre es visible, existiendo algunas de espíritu transnacional, como la planteada en esta investigación. La segunda, de carácter creativo, pero de ningún modo superior a la anterior, motiva al historiador a “descubrir” fuentes que respondan a determinados problemas, a condición de que “las fuentes de conocimientos de los hechos (...) puedan reducirse a la palabra escrita” (Matute, 1999:149). En la situación de las fuentes hemerográficas estadounidenses, más que la reducción de los conocimientos a la palabra, interesa ampliar la comprensión de los significados de esas dentro de un contexto histórico.

La heurística, debido a su polisemia y anfibología, necesita situarse con exactitud dentro del marco de la historiografía de la controversia chileno-peruana y, a la vez, delimitar qué tipo de fuentes se localizan para acometer la escritura de ese pasado.

### **Las fuentes hemerográficas: estructura y posibilidades.**

La muestra considerada para este estudio está compuesta por 3234 noticias publicadas entre 1879 y 1929. Escogimos este periodo, porque en el primer año del mismo estalló la Guerra del Pacífico *conditio sine qua non* de la controversia. En el otro extremo, 1929 marca una fecha de suma importancia: después del fracaso de los puntos establecidos en las Conferencias de Washington, reuniones donde el presidente estadounidense, Warren Harding y los plenipotenciarios de Chile y Perú acordaron que el primero arbitraría el diferendo, el 3 de junio de aquel año los gobiernos de esos países pactaron la conclusión del problema de Tacna y Arica.

Las más de tres mil noticias aparecieron en diversos periódicos. Contrario a la tradición del periodismo decimonónico de Chile y Perú, donde las capitales concentraban las principales imprentas e influían notoriamente en la opinión pública de la elite, en los Estados Unidos gran parte de sus estados desarrollaron interesantes empresas no siempre alineadas con las ideas hegemónicas publicadas en Washington o New York, sede de los diarios principales *The Washington Post* y *The New York Times*.

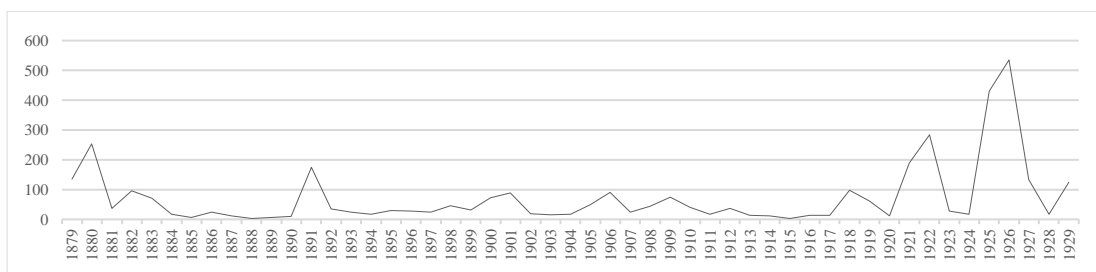
La muestra se constituyó luego de la revisión de 405 diarios. Algunos de ellos fueron: *Arizona Republican*, *Ashtabula Weekly Telegraph*, *Aberdeen Herald*, *Abilene Weekly Reflector*, *Albuquerque Citizen*, *Albuquerque Evening Citizen*, *Alexandria Gazette*, *Amarillo Daily News*, *Arizona Citizen*, *Daily Globe*, *Daily Los Angeles Herald*, *Daily Press*, *Daily, Press and Dakotian*, *Daily Public Ledger*, *Daily Republican*, *Evening Capital Journal*, *Evening Public Ledger*, *Evening Star*, *Evening Times-Republican*, *Fair Play*, *Fisherman & Farmer*, *Fort Worth Daily Gazette*, *Las Vegas Daily Gazette*, *Los Angeles Herald*, *National Republican*, *Ocala Evening Star*, *Phillipsburg Herald*, *Southern Standard*.

El imaginario imperialista, construido por estadistas y masificado por los escritores de la prensa, brotó desde todos los nodos de la red extensa de ciudades que componían el territorio. Las imprentas, por

acuerdo tácito, objetivaron el rasgo que definió la identidad nacional del país: una alteridad latinoamericana subyugada.

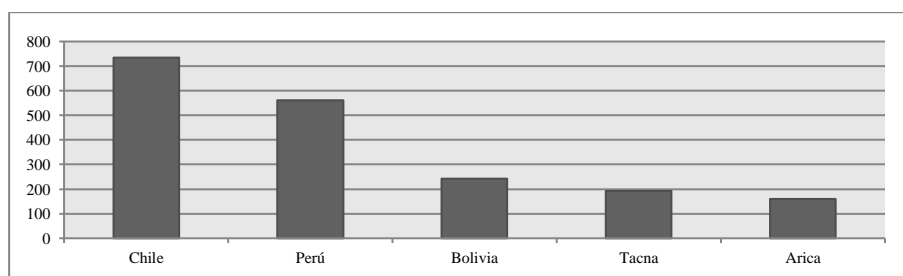
El interés periodístico hacia la litis fue variable (gráfico 1). Esa atracción diferencial se explica por la relación vecinal complicada de ambos países sudamericanos. La situación tacno-ariqueña no desencantó durante ningún lapso al periodismo estadounidense; no obstante, hubo una serie de acontecimientos de mayor relevancia política y militar, que permitieron el aumento considerable de informaciones y opiniones en las ciudades norteamericanas. Los titulares de las noticias incluyeron preferentemente el nombre de Chile y Perú, aunque tuvo una importancia evidente el papel de Bolivia (gráfico 2). Las noticias relacionadas con el conflicto que aparecieron en la primera página de los diarios fueron alrededor del 27%; las posicionadas en cualquiera de las tres primeras un 58% (gráfico 3).

Gráfico 1. Cantidad de noticias sobre el diferendo publicadas (1879 y 1929).



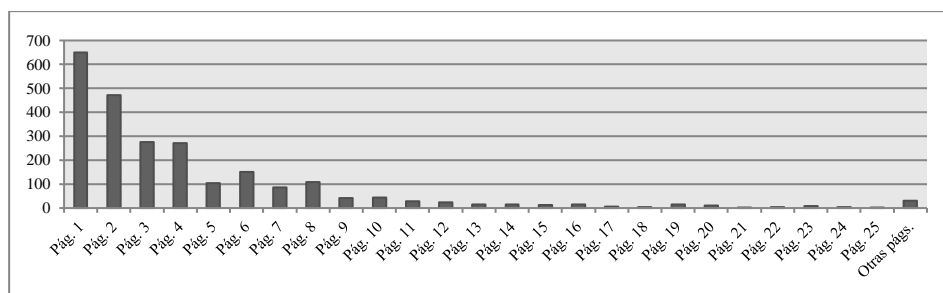
Fuente: elaboración propia.

Gráfico 2. Toponimias recurrentes (en los titulares de las noticias).



Fuente: elaboración propia.

Gráfico 3. Número de página utilizada por las noticias de la controversia.



Fuente: elaboración propia.

Cronológicamente, el primer hito que produjo noticias fue la Guerra del Pacífico. En los siguientes párrafos nos centraremos exclusivamente en ésta para evidenciar las posibilidades hermenéuticas otorgadas por la prensa.

Su inicio fue seguido detenidamente por el periodismo desde los acontecimientos de Antofagasta y los movimientos de tropas que se tradujeron en la pérdida completa del acceso boliviano al Océano Pacífico. Un día después del desembarco chileno en esa ciudad, el editorial del *The New York Herald* estimó que las causas del conflicto fueron la situación demográfica del Departamento boliviano de Caracoles, perteneciente a ese país, pero poblado principalmente por chilenos, y por un tratado que había entrado en vigor hace algunos años, el cual establecía que “Bolivia no debería imponer impuestos sobre los productos exportados del distrito al exterior”<sup>2</sup>. Chile, redactó ese diario, “ha protestado enérgicamente contra tal acción como una violación de los derechos de los tratados, y amenaza con derogar el acuerdo que arregla la larga cuestión de límites entre las dos repúblicas”<sup>3</sup>.

*The Daily Astorian*, quien adhirió a la tesis del aumento de impuestos, a mediados de abril de 1879 expresó que la guerra había beneficiado económicamente a Chile quien se hallaba, con anterioridad, en bancarrota. Ese país rápidamente obtuvo una flota formidable transformándose en una “gran potencia marítima, más que cualquier otro de los Estados del Pacífico de América del Sur”<sup>4</sup>.

<sup>2</sup> South America. (1879, febrero 15). *The New York Herald*, p. 5.

<sup>3</sup> Idem.

<sup>4</sup> War of the Bankrupts. (1879, abril 17). *The Daily Astorian*, p. 2.

Chile, prosiguió el periódico, “bloqueó la costa boliviana, que no es muy extensa, tomó posesión de Cabija [*sic*], el principal puerto, y descargó una fuerza considerable, que se apoderó de las obras de nitrato y de otras dos o tres pequeñas ciudades”<sup>5</sup>.

El destacado educador chileno José Abelardo Núñez, quien se encontraba en Nueva York estudiando metodologías de la enseñanza escolar, explicó a uno de los medios la ilegalidad incurrida por el gobierno boliviano al cobrar impuestos al empresariado chileno. Esa misión encubrió la “chilenización” de la opinión pública estadounidense encargada por el presidente Domingo Santa María y otras actividades relacionadas con el espionaje de guerra (Bulnes, 1919; Ceballos, 2008).

Núñez explicó que, ante la amenaza boliviana de rematar las salitreras, el 14 de febrero “un día antes de la gran venta, cuatro buques de guerra chilenos ingresaron al puerto de Antofagasta”<sup>6</sup>. Posteriormente, 1500 soldados tomaron posesión “no sólo de la ciudad, sino de las fábricas de salitre y las minas de plata”<sup>7</sup>. Debe recordarse que su población y la de las minas adyacentes –subrayó– “está compuesta por chilenos”<sup>8</sup>. Después de aquello, Chile, según Núñez, afirmó su política exterior: “No hay tratado y Chile ocupa el territorio que una vez fue suyo”<sup>9</sup>.

Conquistado por Chile el litoral boliviano, la guerra corrompió el sur peruano. Tacna y Arica –ejes de la controversia– fueron ocupadas por el ejército chileno. Las batallas de Tacna y Arica (26 de mayo y 7 de junio) fueron descritas por decenas de diarios. Sobre la primera, con un atraso de dos días, se informó que los periódicos chilenos afirmaban que Galvarino Riveros, comandante de la escuadra chilena, esperaba “el resultado del inminente combate en Tacna antes de comenzar las hostilidades activas contra Callao (...) Si la batalla resulta ser una victoria chilena, (se ofrecerán) los

---

<sup>5</sup> **Idem.**

<sup>6</sup> **The South American War. (1879, abril 30). The New Orleans Daily Democrat, p. 5.**

<sup>7</sup> **Idem.**

<sup>8</sup> **Idem.**

<sup>9</sup> **Idem.**

términos de paz al Gobierno peruano”<sup>10</sup>. Un periódico de Washington aseveró que el número de combatientes estacionados en Tacna era de 4000 bolivianos, 9000 peruanos y 19000 chilenos, estos últimos recientemente reforzados. Allí, el general peruano Lizardo Montero –subalterno del dictador Nicolás de Piérola– declaró haber descuidado “la defensa propia de la ciudad”<sup>11</sup>. La derrota peruano-boliviana en Tacna tardó días en conocerse<sup>12</sup>. La batalla de Arica, conocida en Chile con el nombre abarrocado de Asalto y Toma del Morro de Arica, fue anunciada copiosamente<sup>13</sup>.

Una atención similar tuvo el Tratado de Ancón (1883), el cual puso fin a la guerra<sup>14</sup>. Por entonces, Piérola había huido del Perú, aprovechando su estancia en Washington para conferenciar con el Secretario de Estado sobre una paz que no desmembrase su patria. The New York Times, sobre esa reunión y otros trajines de “El Califa” afirmó que él no regresaría a su país, donde había devenido impopular.

Esa nota, además, aplaudió al diplomático estadounidense en Santiago, Cornelius Logan, quien trabajaba “en nombre de la paz”<sup>15</sup>. De todas formas, el pacifismo del médico fracasó. En su defensa,

---

<sup>10</sup> Foreign News. (1880, mayo 29). Sacramento Daily Record-Union, p. 1.

<sup>11</sup> South American War. (1880, mayo 29). The National Republican, p. 1.

<sup>12</sup> Last Night’s Dispatches. (1880, mayo 31). Sacramento Daily-Record Union p. 1; A Chilean Triumph. (1880, mayo 31). New York Tribune, p. 1; A Fierce Fight-Terrible Explosion. (1880, junio 2). The Indiana States Sentinel, p. 1; FOREIGN NEWS ITEMS. (1880, junio 3). The Stark Democrat, p. 1; The Chili-Peruvian war (1880, mayo 29). The Wheeling Intelligencer, p. 1.

<sup>13</sup> South America. (1880, junio 11). The Daily Dispatch, p. 3; Foreign Affairs. (1880, junio 11), The Dallas Daily Herald, p. 1; Personal and General. (1880, junio 17), The Milan Exchange, p. 2; General Notes. (1880, junio 24). The Northern Pacific Farmer, p. 2; TELEGRAPHIC. (1880, junio 11). The Salt Lake Herald, p. 1; NEWS OF THE WEEK. (1880, junio 18), The True Northerner, p. 2; Telegraphic News. (1880, junio 17). The Weekly Democratic Statesmen, p. 3; Sin título. (1880, junio 11). The Evening Star, p. 1; Personal and General. (1880, junio 24). Iron County Register, p. 2; Sin título. (1880, junio 11). Memphis Daily Appeal, p. 1; THE CAPTURE OF ARICA. (1880, junio 15). New York Tribune, p. 1; Der Südamerikanische Krieg. (1880, junio 15). Der Deutsche Correspondent, p. 1; Foreign. (1880, junio 16). New Ulm Weekly Review, p. 2; South American War-Arica Captured. (1880, junio 11). Sacramento Daily Record-Union, p. 1; City of Arica Captured by the Chilians. (1880, junio 11). The Cincinnati Daily Star, p. 4.

<sup>14</sup> CHILI AND PERU AT PEACE. (1883, octubre 22). The New York Times, p. 5; PEACE IN PERU. (1883, octubre 23). The New York Times, p. 4; The Treaty of Peace Between Chili and Peru Finally Signed. (1883, octubre 22). The Daily Bee Omaha, p. 5; Treaty of Peace Signed Between Chili and Peru. (1883, octubre 22). Sacramento Daily Record Union, p. 1; Sin título. (1883, octubre 22). The Evening Star, p. 1; Destroyed by Fire. (1883, octubre 22). The National Republican, p. 1; Chili and Peru at Peace. (1883, octubre 22). New York Tribune, p. 1.

<sup>15</sup> SOUTH AMERICAN STATES. (1883, enero 4). The New York Times, p. 2.



la prensa acusó la terquedad del citado Montero, ser hinchado de “la vanidad ordinaria de las razas latinas”<sup>16</sup> con quien Logan no pudo entenderse.

Al contrario, la misión de James Partridge en Lima tuvo una percepción negativa en algunos diarios. Al tanto de los desmanes ocasionados en Piura por “cholos montoneros (asesinos y saqueadores)”<sup>17</sup>, y movido quizás por el temor de esas manifestaciones, organizó sin autorización de la Casa Blanca, una reunión con los representantes diplomáticos de Gran Bretaña, Francia e Italia. La Doctrina Monroe recibía un golpe del europeísmo. Sabida la noticia, el senador republicano Charles Van Wyck solicitó al poder ejecutivo informaciones sobre las pautas con las cuales se negociaba la paz chileno-peruana.

A Van Wyck le interesaba saber si Partridge “había sido instruido para aceptar la mediación de las potencias europeas en el arreglo de una cuestión puramente americana”<sup>18</sup>. Uno de los diarios principales publicó un documento firmado por el Secretario de Estado, Frederick Frelinghuysen, informándole a Partridge que debía embarcarse inmediatamente hacia su país<sup>19</sup>.

Por estos años, la descoordinación diplomática estadounidense, al igual que la forma de hacer política en Chile y Perú sentaba las bases de los imaginarios nacionales periodísticos que explicarían la controversia en el porvenir: La política del gobierno con respecto a las repúblicas sudamericanas parece haber sido descubierta por sus agentes acreditados. Ésta es igualmente enigmática para la gente del país y es dudoso que el Departamento de Estado de Washington tenga una comprensión clara de ella. Si esas naciones hispanoamericanas avanzaran tranquila y pacíficamente en su camino y evitaran las peleas y las “complicaciones”, aquella sería muy servicial con ellas, y nuestra débil diplomacia no se vería perturbada, pero ellas tienen forma de ejercer las prerrogativas de las nacionalidades

---

<sup>16</sup> Sin título. (1883, enero 4). *The New York Times*, p. 4.

<sup>17</sup> CHILI AND PERU. (1883, febrero 16). *The New York Times*, p. 3.

<sup>18</sup> NATIONAL CAPITAL TOPICS. (1883, febrero 27). *The New York Times*, p. 3.

<sup>19</sup> CHILI AND PERU. (1883, febrero 28). *The New York Times*, p. 3.

independientes sin consultarnos y así, nos metemos en problemas y agitamos nuestra “oficina extranjera”<sup>20</sup>.

Fig. 1. El Tío Sam y América del Sur.



Fig. 2. Mapa de Tacna y Arica.



Fuentes: Our Troublesome Neighbor. (1902, octubre 3). The Minneapolis Journal, p. 1; Peace or War Real Issue in South American Conference. (1922, junio 29). The Bemidji Daily Pioneer, p. 3.

## CONCLUSIONES.

Esta investigación procedió deductivamente. Su objetivo fue abogar por la utilidad de las fuentes hemerográficas estadounidenses en el estudio y progreso de la historiografía de la controversia chileno-peruana.

La defensa se sustentó en tres premisas, que probadas una tras otra, aislaron la cuestión: a) la validez del marco teórico de los imaginarios para pensar conceptualmente qué es aquello –siempre esquivo– que resulta de la reproducción cotidiana realizada por los diarios discursivamente, pues explica cómo, mediante símbolos, se dota a los acontecimientos de significación; b) persiste, pese a los giros epistemológicos, en la exigencia y desafío de conocer los aspectos básicos de las fuentes a analizar, fragmentar, cruzar, deconstruir o desechar; y c) la hermenéutica de las noticias, precedida por la

<sup>20</sup> MR. PARTDRIGE'S OFFENSE. (1883, marzo 1). The New York Times, p. 4.

teorización y la heurística, delimita aún más los hitos de la controversia investigados y explicita sus fundamentos procedimentales, saludando la crítica histórica.

Persuadidos por esas premisas, nos pareció indudable la urgencia por captar la actuación periodística estadounidense en la controversia. Configurada la muestra, con datos inéditos en este campo, el diferendo adquirió su identidad al desincrustar las percepciones norteamericanas impresas en las principales páginas de sus diarios. Ergo, el desciframiento significativo de las noticias y una adecuada síntesis historiográfica (1879-1883) demostraron una parte del tránsito de la industria periodística estadounidense.

La efectividad de estas noticias en la comprensión de la controversia chileno-peruana debe reconocer sus limitaciones. De adquirir tal conciencia, sus cultores ensayarán métodos apropiados para enriquecer este campo, complementando el conocimiento hemerográfico con fuentes diplomáticas; rastreando el imaginario imperial, no sólo sobre Tacna y Arica, sino sobre toda Latinoamérica, y vislumbrando los imaginarios nacionales fabricados por el periodismo chileno y peruano sobre Estados Unidos. En conjunto, estas tácticas permitirán sujetar las representaciones periodísticas de Chile y Perú en los Estados Unidos. La libertad o el confinamiento de esta propuesta dependerán de cuanto aprecien los historiadores de la controversia el peso del pasado en el presente y viceversa.

## **REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.**

1. Arias, L. (2012). Las fuentes de la historia del arte en la época contemporánea. Barcelona: El Serbal.
2. Arteaga Alemparte (1919). El problema del Pacífico. Artículos publicados en “O Paiz” de Río de Janeiro, sobre la cuestión de Tacna y Arica por “Arteaga Alemparte”. Santiago: Imprenta Universitaria.

3. Baeza, M. (2008). Mundo real, mundo imaginario social. Teoría y práctica de sociología profunda. Santiago: RIL Editores S. A.
4. Barbier, F. y Bertho, C. (2007). Historia de los medios de Diderot a Internet. Buenos Aires: Colihue.
5. Barona, J. (1994). Ciencia e Historia. Debates y tendencias en la historiografía de la ciencia. Valencia: Universidad de Valencia.
6. Barros, M. (1990). Historia diplomática de Chile, 1541-1938. Santiago: Editorial Andrés Bello.
7. Bulnes, G. (1919). Guerra del Pacífico. Ocupación del Perú – La Paz. Valparaíso. Chile: Sociedad Imprenta y Litografía Universo.
8. Burguière, A. (1991). Diccionario Akal de ciencias históricas. Madrid: Ediciones Akal S. A.
9. Burr, R. (1965). By Reason or force. Chile and the Balancing of Power in South America, 1830-1905. California: University of California.
10. Castoriadis, C. (2013). La institución imaginaria de la sociedad. Barcelona: Tusquets Editores S. A.
11. Ceballos, A. (2008). Las empresas editoriales de José Abelardo Núñez en Alemania. Historia, (41), 43-62.
12. Champagne, P. (2002). Hacer la opinión. El nuevo juego político. La Paz: Plural Editores.
13. Collier, S. y Sater, W. (2004). A History of Chile, 1808-2002 (Second Edition). New York: Cambridge University Press.
14. Fang, I. (1997). A History of Mass Communications. Six Information Revolutions. Newton: Butter Worth Heinemann.
15. Fernández, J. (2004). Chile y Perú. Historia de sus relaciones diplomáticas entre 1879 y 1929. Santiago: RIL Editores.
16. Dosse, F. (2003). La historia. Conceptos y escrituras. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

17. Guerrero, C. y Guerrero, C. (1998). Breve historia de los Estados Unidos. Santiago: Editorial Universitaria.
18. Guerrero, C. (2011). La obsesión imperialista del senador Beveridge. España: EAE. Editorial Académica Española.
19. Kalifa, D. (2016). Repensar la historia de la prensa: el periódico como laboratorio de novación cultural y social (Francia, siglo XIX). En López de Mariscal, B., Kabalen de Bichara, D. y Vargas, P. (Eds.), *Print Cultures through the Ages: Essays on Latin American Book History*. (pp. 196-207). Newcastle: Cambridge Scholars Publishing.
20. Langlois, Ch. y Seignobos, Ch. (2003). Libro I. Preliminares. En Sevillano, F. (Ed.), *Introducción a los estudios históricos*. (pp. 59-78). Salamanca: Publicaciones de la Universidad de Alicante.
21. Le Goff, J. (1991). *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, S. A.
22. Le Goff, J. (2005). *Pensar la historia. Modernidad, presente, progreso*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, S. A.
23. Llanos, N. (2011). El reino chileno del terror: la prensa estadounidense y la controversia de Tacna y Arica, 1925-1926. *Estudios hemisféricos y polares*, (2), 45-69.
24. Matute, A. (1999). *Heurística e historia*. México D. F.: Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades.
25. Moral, M. (1999). *Historia y ciencias humanas. Sobre metodología y didáctica*. Madrid: Huerga y Fierro Editores S. L.
26. Ossio, L. (1981). *Introducción a la teoría de la historia*. La Paz: Librería Editorial Juventud.
27. Perceval, J. (2015). *Historia mundial de la comunicación*. Madrid: Cátedra.

28. Priora, J. (2006). La arqueología como ciencia que confiere veracidad a un documento histórico. En Galletti, A. (Dir.). *Hablemos de Historia. Cuestiones teóricas y metodológicas de la historia.* (pp. 83-94). Entre Ríos: Editorial de Entre Ríos.
29. Quintero, G. (1998). Los fundamentos de la historia como disciplina científica. En López, A. (Coord.). *En búsqueda de la historia. Memorias de las 1ras Jornadas de Investigación de Escuela de Historia. Homenaje al Dr. Eduardo Arcila Farías.* (pp. 59-64). Mérida: Consejo de Publicaciones de la Universidad de los Andes.
30. Rueda, J., Galán, E. y Rubio, Á. (2014). *Historia de la comunicación.* Madrid: Alianza.
31. Rubilar, M. (2012). *La política exterior de Chile durante la guerra y postguerra del Pacífico (1879-1891): las guerras con Estados Unidos y Colombia. Diplomacia, opinión pública y poder naval.* (Disertación Doctoral sin publicar). Universidad de Valladolid, Valladolid.
32. Romo, F. (2008). *Escucho con mis ojos a los muertos. La odisea de la interpretación literaria.* Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto de Lengua, Literatura, Antropología.
33. Sánchez, J. (2004). Evolución de la prensa en los principales países. En Barrera, C. (Coord.), *Historia del periodismo universal.* (pp. 77-116). Barcelona: Editorial Ariel.
34. Sater, W. (2007). *Andean Tragedy: Fighting the War of the Pacific, 1879-1884.* Nebraska: University of Nebraska.
35. Schulze, I. (2004). La prensa escrita en los principales países occidentales. En Barrera, C. (Coord.), *Historia del periodismo universal.* (pp. 169-226). Barcelona: Editorial Ariel.
36. Taylor, Ch. (2006). *Imaginario social moderno.* Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica S. A.
37. Velasco, A. (2000). Introducción: perspectivas y horizontes de la heurística en las ciencias y humanidades. En Velasco, A. (Coord.). *El concepto de heurística en las ciencias y las humanidades.* (pp. 1-12). México D. F: Siglo XXI Editores.

**DATOS DE LOS AUTORES.**

**1. José Julián Soto Lara.** Investigador asociado, Centro de Estudios Históricos, Universidad Bernardo O'Higgins-Chile. Profesor de Historia y Geografía, Máster en Historia y Doctor en Historia. Actualmente cursa su segundo doctorado en Historia Comparada, Política y Social en la Universidad Autónoma de Barcelona donde fue becado por CONICYT. Su trabajo se ha desarrollado en la línea de Historia Contemporánea de los medios de comunicación. Correo electrónico: [jose.julian.soto@gmail.com](mailto:jose.julian.soto@gmail.com)

**2. Alfonso Díaz Aguad.** Profesor de Historia y Geografía, Máster en Historia y Doctor en Historia. Actualmente se desempeña como académico del Departamento de Ciencias Históricas y Geográficas de la Universidad de Tarapacá. Su trabajo se ha desarrollado en la línea de Historia Contemporánea, Historia Regional y Migraciones. Correo electrónico: [adiazaguad@gmail.com](mailto:adiazaguad@gmail.com)

**RECIBIDO:** 4 de enero del 2019.

**APROBADO:** 21 de enero del 2019.